

Domingo Séptimo del Tiempo Ordinario, Ciclo B

Is 43, 18-19. 21-22. 24b-25; Sal 40,2-3. 4-5. 13-14;

2 Co 1, 18-22; Mc 2, 1-12

I

En la humanidad entera se respiran ansias de liberación, de arrojar lejos toda opresión y cualquier forma de esclavitud. Hoy aparece Cristo en el Evangelio de la Misa' como el único y verdadero libertador. Cuatro amigos conducen a un paralítico deseoso de verse libre de la enfermedad que lo tiene postrado en la camilla. Después de incontables esfuerzos para llevarle a donde está Jesús, oyen estas palabras dirigidas a su amigo: Tus pecados te son perdonados. Es muy posible que no fueran éstas las que esperaban oír al Maestro ante el enfermo, pero Cristo nos indica que la peor de todas las opresiones, la más trágica de las esclavitudes que puede sufrir un hombre, está ahí: el pecado, que no es uno más entre los males que padecen las criaturas, sino el que reviste mayor gravedad, el único que lo es de un modo absoluto.

Los amigos que llevaron al paralítico comprendieron que Jesús había otorgado al amigo postrado el bien más grande: la liberación de sus pecados. Y nosotros no podemos olvidar la gran cooperación al bien que significa poner todos los medios para desterrar el pecado del mundo. En muchas ocasiones, el mayor favor, el mayor beneficio que podemos otorgar a un amigo, al hermano, a los padres, a los hijos, es ayudarles a que tengan en mucho el sacramento de la misericordia divina. Es un bien para la familia, para la Iglesia, para la humanidad entera, aunque aquí en la tierra apenas se enteren unas pocas personas, o ninguna.

Cristo libera del pecado con su poder divino: ¿Quién puede perdonar los pecados fuera de Dios? A esto vino a la tierra: Dios, que es rico en misericordia, movido por el excesivo amor con que nos amó, aun cuando estábamos muertos por los pecados, nos dio vida juntamente en Cristo 2. Después de perdonar los pecados al paralítico, el Señor le curó también de sus males físicos. Este hombre debió de comprender en esos instantes que la gran suerte de aquel día fue la primera: sentir su alma traspasada por la misericordia divina, y poder mirar a Jesús con un corazón limpio.

El paralítico sanó de alma y de cuerpo. Y sus amigos son ejemplo hoy para nosotros de cómo debemos estar dispuestos a prestar nuestra ayuda para el bien de las almas -con un apostolado de amistad principalmente, colaborando en

iniciativas apostólicas...- y potenciando el bien humano de la sociedad con todos los medios a nuestro alcance: en toda obra a favor del bien, de la vida, de la cultura..., ofreciendo soluciones positivas ante el mal (desde el propio trabajo profesional hasta el ámbito muchas veces pequeño en el que nos movemos: vecindad, asociación de padres, parroquia...): cooperando positivamente siempre al bien y evitando cooperar al mal.

II

"Voy a realizar algo nuevo". Eso nos promete el Señor por boca del Profeta Isaías en la Primera Lectura de este Domingo (*Is. 43, 18-25*). Se refiere a su obra salvadora. Versículos antes se lee: *"Yo soy Yahvé y Yo soy el único Salvador"* (*Is. 43, 11*).

Ese "algo nuevo" lo realiza el Señor realizando su obra de salvación en cada uno de nosotros. Nos dice por boca del Profeta que ese "algo nuevo ya está brotando. Y pregunta: *"¿No lo notan? Voy a abrir caminos en el desierto y haré que corran los ríos en tierra árida"*. El desierto y la tierra árida somos nosotros mismos que, sin Dios, sin aceptar su salvación, sin buscar su perdón por nuestras faltas, somos así: como tierra reseca y árida, donde no pueden crecer los frutos de la salvación que Cristo realizó con su vida, pasión, muerte y resurrección.

Cristo en el Evangelio de hoy aparece como el único y verdadero libertador. Cuatro amigos conducen a un paralítico deseoso de verse libre de la enfermedad que lo tiene postrado en la camilla. Después de incontables esfuerzos para llevarle a donde está Jesús, oyen estas palabras dirigidas a su amigo: Tus pecados te son perdonados. Es muy posible que no fueran éstas las que esperaban oír al Maestro ante el enfermo, pero Cristo nos indica que la peor de todas las opresiones, la más trágica de las esclavitudes que puede sufrir un hombre, está ahí: el pecado, que no es uno más entre los males que padecen las criaturas, sino el que reviste mayor gravedad, el único que lo es de un modo absoluto.

Ahora bien, la peor parálisis no es la parálisis física, como la del paralítico de Cafarnaún, como la del jugador de voleibol. La peor es la parálisis espiritual. Por eso el Señor comienza sanando al paralítico de sus pecados, ya que el pecado nos hace paralíticos para andar por el camino de la salvación que nos lleva a la Vida Eterna.

Cristo nos quiere perdonar. Sólo nos pide el "sí" de que nos habla San Pablo en la Segunda Lectura (*2 Cor.1, 18-22*). Cristo dio su "sí" incondicional y definitivo. El espera que nosotros también le demos nuestro "sí", nuestro "amén", nuestro "así sea". Y, como nos recuerda San Pablo, que no estemos dando contramarchas: que

no sea primero "sí" y después "no", sino que digamos sí y mantengamos nuestro "sí".

Esos "no" son nuestros pecados. Y el pecado nos hace paralíticos y nos impide andar por el camino de la salvación que nos lleva a la Vida Eterna. Pero Cristo nos quiere perdonar, nos quiere restablecer en el camino de la salvación. El tiempo es muy propicio. Pronto viene la Cuaresma, esa época especial de conversión, de arrepentimiento, de perdón, de confesión.

Aprovechemos las gracias o medios salvíficos que, como nos recuerda el Papa, en la Iglesia Católica existen a plenitud. Entre éstos, la Confesión Sacramental, que no existe en otras religiones.

¡Qué maravilloso regalo nos dejó el Señor con este Sacramento! Arrepentirnos, dejar el peso de nuestros pecados en el confesionario... Y sabernos genuinamente perdonados, cuando el Sacerdote levanta su mano para la absolución. Igual que Jesús con el paralítico: *"Hijo, tus pecados te quedan perdonados"*.

¿Por qué seguir paralíticos, si Jesús nos espera en el confesionario, para limpiarnos de pecado y ponernos a andar nuevamente por el camino de la salvación?

Padre Félix Castro Morales

Fuente: <http://parroquiadelasoleidad.org/> (Con permiso a homiletica.org)